

# TOGO

**OSCAR DE MARCOS**



**FUNDAZIOA**

LETRAS & FÚTBOL

2019

---

**© del texto: Óscar de Marcos, JM Isasi, 2019**  
**© de la edición: Fundación Athletic Club 2019**

Depósito Legal:

Todos los derechos están reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático o la grabación sin el permiso expreso de los titulares del copyright.

*“La caridad es humillante porque se  
ejerce verticalmente y desde arriba;  
la solidaridad es horizontal e implica  
respeto mutuo.”*

Eduardo Galeano<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Frase escuchada por primera vez en boca de Marcelo Bielsa.



## NOTA DE LA FUNDACIÓN ATHLETIC CLUB

En un principio, cuando le planteamos a Óscar de Marcos la posibilidad de publicar un breve libro biográfico que, además, sirviera para el Club de Lectura que organiza la Fundación, se mostró algo cauto e indeciso. De hecho, si no se lo hubiéramos solicitado de forma tan persuasiva e insistente, quizá no habría escrito Togo.

—Porque me lo pedís vosotros, que si no... —concedió al final aparcando sus reservas, dudas y natural discreción.

Probablemente, lo convencimos a base de entusiasmo y fe, sabedores de que su relato encajaría a la perfección dentro de nuestros proyectos culturales.

En primer lugar, porque el pilar de la Fundación Athletic Club lo conforma la propia afición rojiblanca, y un libro escrito por uno de los capitanes del equipo despertaría su interés.

Y, en segundo lugar, porque nuestra labor parte de la creencia de que el progreso social va de la mano de la cultura y la educación.

Creemos que la experiencia ha merecido la pena, y ahora solo nos queda mostrar nuestra gratitud.

Mila esker, Óscar!



FUNDAZIOA





*Aeropuerto de Lomé, Togo. Verano de 2010*

Me colocan contra la pared, con las manos apoyadas por encima de la cabeza. Me cachean mientras no dejan de increparme en un idioma que no entiendo. Algo pasa, pero no sé qué. Todo ha sucedido sin darme cuenta. Hemos aterrizado de noche y he bajado las escalerillas del avión junto al resto de pasajeros. Me he subido al autobús que nos ha acercado a la terminal. Un trayecto corto, de solo unos segundos, pero en el que íbamos como sardinas en lata; yo, apenas sujeto a una barra y apretado contra una mujer que pesaría más de cien kilos, una togolesa enorme con su vestido africano y su moño.

Ha tenido que ser a la salida del autobús cuando me he equivocado. Me he puesto a la cola en una de las dos filas que se han formado para pasar el control de entrada al país. No he notado nada extraño, salvo que la gente me miraba disimuladamente por mi color de piel. O quizá por estar sudando como un pollo debido a la humedad y al calor infernal. He entregado mi pasaporte y unos formularios que me habían facilitado las azafatas y que he rellenado en el avión mismo; y, de repente, el caos.

No sé si alguien me ha introducido droga en el equipaje, si me han confundido con algún delincuente, si pretenden extorsionarme... Respondo a las amenazas de los agentes con gritos de ayuda: «Please, help, help!», pero no les gusta mi reacción. Uno de ellos agita delante de mi cara los papeles que le he entregado y me exige explicaciones, pero ¿sobre qué?

Entonces me acuerdo de Claude, a quien he conocido durante el vuelo. Puede que sea mi salvación. Vuelvo la cabeza y lo busco entre todos los ojos que me observan, pero no se halla en ninguna de las dos filas. Lo localizo a lo lejos, en un acceso diferente.

Claude, togolés afincado en Barcelona desde hace ocho años y, según me ha contado, hijo del exembajador de Togo en España. A la hora de coger las bandejas del menú de a bordo, lo he molestado

sin querer y me ha salido un perdón de manera espontánea que nos ha dado pie a charlar en español durante el vuelo. Me he presentado y, en cuanto me ha preguntado a qué me dedico y le he respondido que soy futbolista, me ha identificado. Claude, más mulato que negro, un fan del FC Barcelona que, para mi sorpresa, incluso se acuerda del gol que marqué en la Supercopa del verano pasado al Barça de Guardiola. «Mi primer gol de rojiblanco», añadió con una mezcla rara de orgullo y pudor.

Claude, del que me he despedido nada más aterrizar y que ahora mismo es el único clavo ardiendo al que puedo agarrarme: un pez gordo al que diviso a lo lejos en el aeropuerto de Lomé, a punto de cruzar una puerta y desaparecer dejándome solo ante el peligro, retenido por el personal de seguridad y acusado de no sé qué, de noche, en un país olvidado del África negra en el que nadie me conoce y en el que hablan un idioma que no entiendo.

Entonces, con todas mis fuerzas grito:

—¡Claude!





*Carretera A-124, Álava. Temporada 2004-2005*

Volvíamos de Vitoria a Laguardia después de un partido. Un itinerario que mi padre repitió conmigo durante siete años, todas las tardes laborables de cinco a nueve de la noche. Alrededor de una hora de ida, otra de vuelta, más las dos del entrenamiento, que él se quedaba a ver. A veces, llegábamos a casa incluso más tarde de las diez. Eso sin mencionar los partidos del fin de semana, por descontado.

Aquel día ni siquiera había salido unos minutos al final de la segunda parte. Durante la temporada anterior, mi primer año de cadete, lo había jugado

todo, al igual que en infantiles, pero ahora en Cadete Liga Vasca las cosas se habían torcido y apenas contaba para el nuevo entrenador. Más que enfadado, creo que aquel día estaba triste. No hablaba, la mirada perdida en un paisaje que conocía bien, mientras mi padre conducía pendiente de la carretera y pendiente también de mí. Tenía entonces quince años, y tampoco diría que daba demasiadas vueltas a las cosas. Para nada. Pero me imagino que la conclusión era clara y flotaba en ese coche en el que viajábamos: un chaval que no es titular indiscutible en los cadetes del Alavés difícilmente llegará a profesional.

—Hijo, yo lo que quiero es que seas feliz. Si para ser feliz tenemos que volver a jugar en el equipo del pueblo, jugamos en el equipo del pueblo.

Aquellas palabras se me quedaron grabadas: «Yo lo que quiero es que seas feliz». Durante siete años, mi padre salió antes del trabajo para poder llevarme a los entrenamientos. Durante aquellos mismos siete años, mi madre pasó las tardes sin apenas verme. Ahora sé que el sentido de todos sus esfuerzos no era que yo llegara a Primera. Naturalmente que era una posibilidad, y no tengo dudas de que mis padres soñaron con que un día yo jugara en el Athletic, nuestro equipo, el equipo del que eran mis abuelos y del que somos en casa.

Pero, detrás de los sueños y los sacrificios, había algo más importante para ellos. Que yo fuera feliz. O mejor dicho: que aprendiera a ser feliz. Y si mis padres se sacrificaron tanto, fue porque vieron en el fútbol un buen medio para enseñarme. Porque el fútbol nos unía, el fútbol nos permitía estar siempre en contacto, realmente conectados, algo que no siempre es fácil entre padres e hijos, sobre todo cuando los hijos son un poco piratillas como yo.

Si miro atrás y recuerdo aquellos días de viajes y bolsas de deporte al hombro, me doy cuenta de que lo que realmente les preocupaba a mis padres eran mi carácter y mi actitud. Incluso después de los partidos, más importante que comentar jugadas concretas, a ellos les interesaban los aspectos generales que tuvieran que ver con el carácter y la actitud. Algo que, por cierto, como ellos bien sabían, en el Athletic es esencial.





*Aeropuerto de Lomé, Togo. Verano de 2010.*

Claude acude a mi rescate en cuanto se da cuenta del lío en el que me he metido. Se acerca con las manos extendidas, como quien pide calma. Dialogan entre ellos y, por la reacción de los agentes de seguridad del aeropuerto, compruebo que afortunadamente Claude tiene crédito y cierta autoridad. Me traduce y me explica el problema: me falta el libro de vacunas. Eso es todo. Si quiero entrar en el país, tengo que ponerme en la cola correspondiente, la contraria a la que he elegido, y ser vacunado allí mismo. No puedo creer que me haya olvidado el maldito libro. Me viene a la cabeza su imagen en la mesilla de mi habitación: un librito de color verde, con sus hojas y los sellos correspondientes en ellas. Le aseguro a Claude que ya estoy vacunado, que ha sido un descuido.

—Por favor, no quiero que vuelvan a vacunarme —le ruego.

Claude los convence. Les ha contado quién soy, les ha enseñado en el móvil alguna fotografía mía, un

futbolista de Primera División que juega contra Lionel Messi y Thierry Henry. Con su ayuda, me devuelven el pasaporte, me cuelan y permiten que pase el puesto de control y acceda a la cinta de recogida de equipajes. Claude me pregunta si me espera alguien. Le contesto que sí. Se queda más tranquilo. Me dice que no son horas para que un blanco ande solo por Lomé sin saber adónde ir. Tiene prisa. Intercambiamos teléfonos y, tras despedirnos, añado:

—Te debo una.

Antes, durante unos segundos, mientras me saltaba la cola y pasaba el control, he tenido tiempo de fijarme en el cuartucho donde vacunaban a los pasajeros sin el librito verde. Me ha parecido ver que el enfermero se limitaba a pasar un algodón sobre la aguja antes de poner una nueva inyección. La idea de que puedan estar utilizando la misma jeringuilla me asusta. Y más si pienso que me he librado de milagro.

Tengo ganas de encontrarme con el padre José Luis, a quien no conozco, pero que será mi anfitrión en el centro Don Bosco de Kara. Recojo mi equipaje y me dispongo a pasar el último trámite, pero, tal y como me temía, me retienen y me exigen que abra la maleta. Un funcionario remueve mi ropa hasta que encuentra una bolsa repleta de golosinas y me da a

entender que no puedo introducirla en el país. Sin embargo, no la requisa ni la tira, sino que se queda aguardando igual que si fuera un tendero a la espera de que yo pague para entregarme el pedido. Me resulta tan evidente que saco un billete de mi bolso de mano y se lo extiendo con precaución.

Abandono la zona de embarque y lo primero que busca mi mirada es al padre José Luis. Y enseguida compruebo, mientras avanzo despacio con mi maleta, que no hay ningún hombre blanco entre los congregados que esperan a la salida de pasajeros. Y José Luis es blanco. Eso sí lo sé.

Un togolés de unos treinta y cinco años sujeta un cartel en el que no pone mi nombre, pero sí algo parecido escrito a mano, con una letra apenas legible.





*Laguardia, Álava. Mayo de 2007*

Suspendí siete en segundo de bachiller. Con la excusa de la mononucleosis (la enfermedad del beso) que había pasado durante el curso, me tiré varios meses sin dar ni golpe en clase. También ayudó que, en mi segundo año de juvenil, a mis dieciocho años recién cumplidos, me fuera bien en el Alavés. Jugaba con el División de Honor, pero alternaba con el filial, y también me había convocado la selección de Euskadi, con la que tuve la suerte de marcar tres goles en la fase final. Lo que tiempo atrás parecía una quimera, vivir del fútbol, entonces era ya una posibilidad real. Así que los estudios para mí eran algo secundario, y me sentía con derecho de excusarme en el cansancio, secuela de la mononucleosis padecida, para justificar mis malas notas.

En esas circunstancias, y sabiendo que mi hermano había penchado igualmente unos años atrás, me sorprendieron bastante las palabras de mis padres.

—Óscar, te lo decimos claramente: si no apruebas segundo de bachiller, dejas el fútbol. Que lo sepas.

Todavía no sé si realmente hablaban en serio. Y no lo sé porque hice todo cuanto estuvo en mi mano para no saberlo, lo que incluyó el uso de chuletas. Conseguí aprobar las siete asignaturas y recibí felicitaciones en casa, aunque yo sabía que mis padres seguían temiendo por mi futuro. Por un lado, apoyaban totalmente mi apuesta por convertirme en futbolista profesional. Por otro, anhelaban un plan B. Les inquietaba la idea de que no supiera a qué dedicarme en el caso, bastante probable, de que me quedara a medio camino y con más de media vida por delante. Cuando poco después suspendí la selectividad y mis padres vieron alejarse su idea de que yo fuera a la universidad y estudiara una carrera, volvieron a la carga.

—Tú verás, pero, si no quieres estudiar, tendrás que trabajar en el pueblo.

Sé que todo lo que soy, todo lo que he logrado, es por la educación que me han dado mis padres. Quiero pensar que todas aquellas preocupaciones, las conversaciones profundas, las broncas, los intentos

por hacerse comprender... han quedado en mí de algún modo y que ellos sienten que han recogido parte de lo que con tanta atención y paciencia sembraron.

A mi padre le gustaba decirme esta frase: «El amor es como un frontón; cuanto más fuerte le pegas a la pelota, con más fuerza sale. Cuanto más das, más recibes».

Ni trabajé en el pueblo ni, a la hora de la verdad, estudié. Empecé un módulo de electrónica. Después probé, es un decir, con la diplomatura de Empresariales y no pasé del primer curso. Pero ojalá haya sido y sea un poco como esa pelota contra el frontón, y no un saco roto.





*Lomé, capital de Togo. Verano de 2010.*

—Hola, soy De Marcos.

El togolés baja el cartel con mi apellido mal escrito y no me responde. Solo sonrío. Me intereso por el padre José Luis y asiente, pero no dice palabra. Solo cuando le pregunto si habla español, niega con la cabeza y repite: «Je ne parle pas espagnol». Entonces me hace señas para que le siga y, de repente, dudo y experimento una sensación de pánico. ¿Quién es este hombre? Aunque no soy capaz de concretar las amenazas, siento el peligro. Me noto alerta. Se me pasan por la cabeza ideas raras. Que este hombre no conozca a José Luis. Que haya presenciado mi incidente previo en la cola y trame algún delito. Que quiera raptarme, yo qué sé.

—Pero ¿adónde vamos? —le pregunto antes de dar un paso.

Insiste en que lo siga, y dice algo que no entiendo. Miro alrededor. Intento no ponerme más nervioso, no desesperarme. Pero ¿qué cojones hago si no sigo a este hombre? Ni siquiera tengo el teléfono de José Luis.

Más allá del alumbrado del aeropuerto, la noche es cerrada. Se ven luces en movimiento, aisladas aquí y allá. Y en la distancia, rodeada de oscuridad, el tenue reflejo de los barrios de Lomé. El togolés pronuncia la palabra chauffeur mientras se señala el pecho, y después apunta hacia una ranchera aparcada a pocos metros. No es un taxi ni muestra ningún distintivo del Centro Don Bosco, pero tiene buena pinta. Al final me monto. Lo primero que hago es abrir la ventanilla y, aunque simulo que es por el calor, en el fondo estoy pensando en no quedarme encerrado, en tener siempre cerca una vía de escape.

Según arranca, intento de nuevo comunicarme, pero es inútil. Son ya las nueve de la noche y quiero saber cuántas horas tardamos en llegar al centro Don Bosco. Es un diálogo de besugos, hasta que entiendo una palabra, demain, mañana. ¿Cómo que mañana? ¿Por qué nadie me ha avisado? Cuanto más agobiado me muestro, más aumenta el miedo. Me llevo las manos a la cara con la sensación de haberla

cagado. Un giro brusco seguido de un bocinazo me devuelve a la realidad de la carretera. Me doy cuenta de que las luces que distinguía desde el aeropuerto son motocicletas en movimiento, sobre todo mobylettes, como las llamamos en mi pueblo, con pedales, de otra época. Aparecen como espejismos en la oscuridad. Motos con tres personas apretadas en un solo asiento, o transportando bultos enormes, o llevando una cabra sujeta con un brazo. Motos que circulan por todos lados según nos adentramos en Lomé.

Me impresiona la cantidad de gente en cada esquina. Puestos ambulantes. Mujeres con cestas en la cabeza. Calles sin asfaltar, de tierra y polvo. Una ciudad muy viva de noche, y ni una sola persona blanca. Además de miedo, empiezo a pensar que me he equivocado. Me reprocho haber venido. ¿Qué hago aquí?

Miro al chauffeur.

Siento que mi vida está en sus manos.





*Laguardia. Verano de 2009*

Cuando mi padre, durante la comida del mediodía, comentó que interesaba al Athletic, no pensé en algo inminente.

—Si me quiere, yo voy de cabeza, ¿eh? —le aseguré, y después preparé la bolsa para ir a la piscina con los amigos, como cualquier otra tarde de verano.

Era el 10 de julio y, al día siguiente, me marchaba con la cuadrilla de fiesta a San Fermín. Pero no pasaron ni tres horas cuando recibí la llamada que me confirmaba el fichaje.

—Está hecho. Hoy mismo lo anuncian. Y el lunes te sumas a la concentración del primer equipo en Isla Canela.

De todas las alegrías posibles, las mejores son las compartidas. No pregunté ni cuánto iba a ganar ni por cuántos años fichaba ni nada parecido. Iba a jugar en el Athletic y era tal la euforia que sentía que no me cabía dentro y necesitaba compartirla.

Creo que he tenido mucha suerte con mis amigos, los de toda la vida, mi hermano mayor entre ellos. El fútbol me ha permitido conocer a gente maravillosa con la que me llevo muy bien, con la que coincido en gustos u opiniones, con la que disfruto y paso grandes momentos, pero la cuadrilla es otra cosa. Igual que la familia es algo distinto. Sencillamente, sabes que están ahí, que te esperan, en los buenos y en los malos momentos.

Aquel fue un gran momento inolvidable. Cuando conté que fichaba por el Athletic, fue como si ficháramos todos, la cuadrilla entera. Una piña. Ninguno de nosotros se acordó ya de San Fermín, unidos como locos por el subidón. Y supongo que no había en el mundo mayor fiesta que la que compartíamos de manera improvisada e inesperada en aquella piscina de Laguardia. O, por lo menos, nosotros no la cambiábamos por ninguna otra.

Mi padre me llevó al aeropuerto para volar rumbo a Isla Canela, donde realizaría mi primera pretemporada con Joaquín Caparrós de entrenador. Yo estaba en una nube, nervioso y expectante por compartir

vestuario con futbolistas que admiraba como Iraola o Gurpegui. Aunque mi padre no exteriorizaba tanto su emoción y se mostraba prudente, sé que por dentro estaba muy feliz.

Lo que entonces yo no sabía, y mi padre quizá sí, es que lo más difícil aún estaba por llegar. Por muy difícil que sea que te fiche un Primera, por muy difícil que sea debutar, lo más difícil es siempre mantenerse. Y aunque creas conocer la teoría, de poco sirve. Porque es un reto, sobre todo personal, al que te enfrentas en soledad, un cara a cara contigo mismo.

Pero aquel día todo era alegría y felicidad.





*Lomé, capital de Togo. Verano de 2010*

Aparcamos junto a una casa en un barrio tranquilo, alejados del bullicio: una construcción de una sola altura, rodeada de un muro. El hombre me ayuda con la maleta y llama a la puerta. Ahora es cuando me ponen un saco en la cabeza y me empujan adentro, pienso. Ahora es cuando me quedo sin escapatoria. Ahora es cuando abre alguien con una pistola. Me aparto un paso, dispuesto a salir corriendo si no me gusta lo que veo.

Pero nos recibe una familia: la sonriente esposa del chófer y sus tres hijos, dos niñas y un niño. Una de ellas, además, mientras me guía a mi cuarto, chapurrea alguna palabra en español que ha aprendido gracias a un diccionario que me enseña como si fuera

un tesoro. Me dejan un momento a solas en mi habitación de invitados antes de llamarme a cenar. Si el miedo tuviera capas, siento que me he quitado la más pesada, pero aún me dura el susto en el cuerpo y, sobre todo, la incertidumbre.

Nos sentamos a la mesa y la señora me ofrece un plato con pasta de cacahuete. No tengo nada de hambre, pero me lo acabo. En la sobremesa, con la ayuda del diccionario, les explico de dónde vengo y mi deseo de llegar al centro Don Bosco cuanto antes. No sé muy bien la razón, pero no les cuento que soy un futbolista profesional. ¿Qué sentido tendría?

Una vez solo en mi habitación, pienso en lo mal que lo he pasado. Me vuelven las imágenes del cacheo en el aeropuerto, de la jeringuilla compartida, del soborno por una bolsa de chuches, de mi inesperado anfitrión con el cartel con mi nombre mal escrito, de la carretera a la ciudad, una farola cada doscientos metros y las luces de las motos como espejismos de mal agüero.

Entonces me doy cuenta de algo importante: África, nada más llegar, sin darme siquiera tiempo a ver la luz del día, me ha quitado de un guantazo toda burbuja protectora, toda tontería, toda fama.

En este pequeño cuarto de alguna casa de algún barrio de la ciudad africana de Lomé, no está el De

Marcos futbolista, sino Óscar, el hijo de Elvira y Pedro Antonio, el hermano de Pedro y Verónica, el nieto de Antonio y Dolores, y de Nati y José Antonio, y por eso me acuerdo de ellos, de mi familia. Porque, la verdad, no sé qué va a ser de mí en los próximos días, no sé dónde me he metido ni si voy a vivir para contarlo. Es lo que siento.

Saco el móvil y compruebo que ya tengo cobertura. Dudo si llamar a casa. Me vendría bien escuchar alguna voz conocida, pero no sé disimular y no quiero asustarlos pareciendo el miedica que soy.

Tumbado en la cama, escribo este mensaje a mi familia: «Tengo un poco de miedo, pero estoy bien. Os quiero mucho».





*Debut en San Mamés. Agosto de 2009*

Mi primer partido amistoso lo jugué apenas una semana después de mi fichaje, un 16 de julio, en Portugal, la semifinal de un torneo veraniego contra el Benfica que perdimos por 2-1. Entré en el minuto 83, y creo que lo más bonito de aquel debut no oficial es que sustituí a Carlos Gurpegui. Me gusta pensar que, de alguna manera, él me pasó el testigo, por así decirlo, y que existe una especie de continuidad entre Gurpe y yo, eslabones de una misma cadena llamada Athletic.

Jugué otros cuatro partidos amistosos esa pretemporada y anoté tres goles, así que puede afirmarse que convencí al místico para quedarme en el primer equipo. Mi debut oficial fue en Berna, en el estadio Suisse Wankdorf, la vuelta de las previas de Europa League en la que eliminamos al Young Boys

por 1-2, con gol de Muniain, quien había debutado una semana antes en la ida de la eliminatoria.

Pero un jugador del Athletic no debuta de verdad hasta que juega en San Mamés, en La Catedral, y ante su público. Del partido de aquella noche de verano, final de la Supercopa frente al Barcelona, en plenas fiestas de Bilbao, un 16 de agosto, recuerdo tres flashes nada más, imagino que por la tensión que acumulaba.

Soy titular y me dispongo a tocar mi primer balón. Es un pase que bajo a recibir de espaldas. Espero a que la pelota me llegue, pero, antes de que pueda reaccionar, Yaya Touré se anticipa como una locomotora. Lo que recuerdo perfectamente es el murmullo de San Mamés, como en el circo romano de Gladiator. Ese lamento por mi lentitud y torpeza. Y mi pensamiento: «Chaval, o espabilas y aceleras, o te pasan por encima».

También recuerdo mi primer gol. Recorto a la derecha, la toco otra vez con la derecha hacia dentro y chuto con la izquierda; pega en Puyol y pasa por encima de Valdés. Sin embargo, no recuerdo la celebración. Solo las imágenes de la celebración que he visto en vídeo.

Mi último recuerdo es del cambio, el público en las gradas aplaudiendo y yo retirándome todo hinchado.

Tras el partido, salí con mi cuadrilla por Bilbao. Habíamos perdido, pero yo no sentía la derrota, solo mi triunfo personal. Cuando empiezas, piensas y sientes por ti, es algo inevitable. Y si te salen bien las cosas, como era mi caso, todo gira en torno a ti. De repente eres el centro del mundo, la sensación del momento; una burbuja de vanidad te envuelve sin remedio.

Bajaba con mis amigos por Abando hacia el puente del Arenal y las txosnas, y la gente me reconocía, y mis amigos veían que la gente me miraba y me conocía y hablaba de mí con admiración. Además, siendo fiestas, la peña no se cortaba. Yo me daba mi primer baño de masas y me encantaba, porque a todo el mundo le gusta que le halaguen, aunque en realidad no te conozcan.

—Óscar, tú vete para casa, que habéis perdido.

Mi amigo Pedro, dándome una orden en su rol de hermano mayor. Y me fui para casa, como un ídolo que lo estaba petando, pero para casa.





*Camino a Kara, Togo. Verano de 2010*

A la mañana siguiente, recibo la luz del sol como un regalo. Y pienso: «Estoy en la misma cama en la que me he metido». No han dado las siete y ya no queda ni rastro de la noche. Nunca antes la claridad del día me había tranquilizado tanto.

Desayunamos leche con galletas y enseguida partimos hacia Kara. Nos espera un largo viaje de seis horas. Ya no dudo de Justice, que es como se llama el chauffeur. Atravesamos la ciudad y vuelve a impresionarme el gentío por todas partes, la agitación, el tráfico, las mobylettes, los soldados del ejército apostados en cualquier esquina, las calles en ebullición. Me fijo en algún edificio moderno que destaca entre lo que me parecen casetas de madera, ese contraste tan africano entre lo muy nuevo y lo muy antiguo: entre lo escaso y de ricos, y lo abundante y de pobres, sin término medio.

A la salida de Lomé, enseguida la naturaleza se impone sobre el paisaje, indominable, igual que se impone el mar. Constato, primero con inquietud y después con verdadero miedo, que el mal estado de la carretera no disuade a ningún conductor, sino más bien al contrario, los anima a retarse de manera salvaje. «Pero ¿qué rally es este?», me pregunto mientras compruebo que la única ley que respetan es la del más fuerte. Cada bocinazo me produce una tensión mayor, porque sé que anticipa unos segundos de peligro. O nos adelantamos o adelantamos, pero sin espacios, a toda leche y corriendo unos riesgos que a mí me parecen brutales. Entre aldea y aldea, el viaje se convierte en una tortura. No sé ni dónde agarrarme. De nuevo me siento en manos del destino, sin ningún tipo de control sobre la situación, como en medio de unas turbulencias inacabables.

Respiro aliviado cada vez que pasamos por un poblado. La carretera se llena de baches y se atraviesan despacio, a veces parados, mientras los niños rellenan los agujeros con tierra. Cuando acaban, se acercan al coche y extienden la mano en busca de su recompensa. Les ofrezco gominolas y las cogen encantados. Al abandonar la aldea, Justice me explica que los niños vuelven a vaciar los agujeros para que los vehículos sigan deteniéndose. O, por lo menos, es lo que le entiendo.

A mitad de camino, paramos a comer pollo en un chamizo. Me dispongo a pagar con un billete de diez mil francos, unos quince euros, y me devuelven un montón de monedas que me meto en el bolso.

Kara es una ciudad enorme y, al igual que Lomé, está llena de vida y de ajetreo en sus calles. Pasamos junto a un mercado repleto de tenderetes de ropa y puestos de comida bajo tejavanas y sombrillas de playa, montones de sacos, carretillas, vasijas grandes con frutas y especias de mil colores, madres adolescentes con sus hijos a la espalda, niñas vendedoras ambulantes y niños descalzos con ropa andrajosa. Ya en los suburbios de la ciudad, en una zona arbolada y menos densa, Justice me señala unas instalaciones separadas por caminos de tierra y unidas bajo un mismo muro de piedra, como un colegio.

Es mi destino.





*Bilbao, comienzo de la temporada 2009-2010*

Después de la Supercopa, en el siguiente partido contra los noruegos del Tromsø, en la Europa League, de nuevo jugué de titular y de nuevo volví a marcar. Recibí por la izquierda, me abrí a la derecha y tiré una rosca desde fuera del área que entró pegada al palo. Un golazo, la verdad. Desde mi debut no oficial frente al Benfica, había jugado siete partidos de inicio y había marcado cinco goles.

Vivía en los mundos de Yupi. Me levantaba por las mañanas y lo primero que hacía era leer los periódicos, mirar las redes sociales y entrar en foros para ver qué decían de mí, porque todo lo que comentaban era cojonudo y alimentaba mi ego y lo inflaba como un globo de gas.

Me miraba en el espejo y me sentía importante. En apenas dos meses había superado con creces las mejores expectativas. También jugué de titular en

las dos primeras jornadas frente al Espanyol y el Xerez, dos victorias que nos pusieron primeros en la clasificación junto con el Barça y el Madrid.

Por si fuera poco, días antes de ese segundo encuentro liguero, el seleccionador español Luis Milla me convocó para disputar el Mundial Sub-20 de Egipto. Había nacido una estrella.

Creo que todos los futbolistas de élite pasamos en algún momento de nuestras vidas por una fase de engreimiento y vanidad. Aunque no lo busques ni lo pretendas, las circunstancias te elevan y te alejan del mundo real. No digo que sea duro ni que se sufra ni nada parecido. Más bien al contrario: brillas sin que nada ni nadie te haga sombra. Pero no es algo que tú elijas, sino algo que te toca y que tienes que aprender a gestionar.

Mientras mi equipo regresaba a Bilbao, yo me quedé solo en Jerez, porque al día siguiente viajaba con la selección española a Egipto. Me sentía entre los elegidos. Apuntaba a crack. Pero, en realidad, no era más que un joven de veinte años que se juntaba con otros jóvenes al inicio de un camino que ninguno sabía realmente dónde acababa.

Azpilicueta, Ander Herrera, Parejo, Jordi Alba... Para la mayoría de mis compañeros de selección, aquel camino que entonces empezábamos terminaría

llevándolos muy lejos. Pero otros no llegaron tan alto como parecía en aquel momento.

Mientras asciendes, mientras subes hacia la cumbre, nadie mira hacia abajo, porque abajo queda tan lejos y está tan oscuro que no se ve nada, como si no existiera; en cambio arriba todo reluce como el oro.

Del mundial de Egipto guardo buenos recuerdos, aunque apenas jugué, y el rato que lo hice no estuve acertado. Vivíamos aislados, concentrados, y lo mismo que nos hallábamos en Egipto podíamos haber estado en el hotel de al lado de mi casa. Si tengo que rescatar una imagen de aquel mes de competición, me veo a mí mismo en un gimnasio, delante de un espejo mientras hago pesas y me pongo más mazas de lo que he estado nunca. Pero menos rápido y, en realidad, menos fuerte.





*Centro Don Bosco, Kara, Togo. Verano de 2010*

Me recibe el padre José Luis acompañado de Patricia, Teresa y Pablo, tres voluntarios procedentes de Madrid que enseguida se interesan por mí, me preguntan por el viaje y procuran que me sienta bien acogido. Poder hablar en castellano me ayuda a integrarme con rapidez. Les confieso lo mal que lo he pasado desde mi llegada a Togo, pero ellos me aseguran que en el centro Don Bosco voy a vivir una experiencia única y que me costará marcharme. Seguro que me querré quedar solamente por no volver a pasar las que he pasado, pienso para mí, aunque me limito a sonreír. El padre José Luis lleva más de veinticinco años en África, así que nada de lo que yo le cuente podría asustarlo.

Después me acompañan al que será mi alojamiento durante mi estancia: una caseta con una cama, una mesa y un cuarto de baño del que me llama la atención la gran abertura en la pared por encima de

la ducha. Me dejan que me instale, que descanse un rato, y me citan al cabo de una hora para enseñarme el colegio, la iglesia, el edificio de los profesores y curas, el comedor y, por último, los tres foyers con los que cuentan en la ciudad: tres hogares de acogida de cientos de niños, niñas y jóvenes marginados de Kara.

A la tarde conozco a los otros curas salesianos que dirigen el centro y me explican las actividades que desarrollan: las clases, los talleres, las escuelas de formación... Después visitamos el primero de los foyers que quieren enseñarme, el hogar de las niñas.

Como jugador del Athletic, estoy acostumbrado a acudir a escuelas donde yo noto que los alumnos me admiran por ser futbolista, pero esto es diferente. La mayoría son niñas que han sido acusadas de brujería o maltratadas o abandonadas o rescatadas del tráfico de menores. Niñas con señales de su sufrimiento: quemaduras, mordiscos, malnutrición, cicatrices... Niñas sin autoestima. Me da corte cuando saco mi bolsa de chuches, pero mientras reparto las gominolas compruebo cuánto les gustan y cómo las agradecen. «Siguen siendo niñas —me dice Patricia—, a pesar de todo siguen siendo niñas», me repite, y yo entiendo lo que me quiere decir, y es algo bueno.

Más tarde visitamos el foyer de primera acogida, un internado que les sirve a los niños de etapa inicial

mientras deciden entre quedarse en Don Bosco, adquirir cierta disciplina y estudiar, o regresar a las calles de Kara a buscarse la vida de mala manera, si es que la muerte no los encuentra a ellos antes.

Quienes deciden quedarse y se ganan la oportunidad, pasan al foyer principal: niños y adolescentes que por la mañana van al colegio, al mediodía se preparan su propia comida y por las tardes aprenden algún oficio o ayudan a cultivar las huertas salesianas.

Junto a este foyer, se halla el campo del equipo Don Bosco. Aquí cada cooperante hace lo que sabe, y yo sé jugar al fútbol, así que este campo de arena es mi lugar de trabajo, donde voy a entrenar a niños marginados de la ciudad de Kara.





*Suplencia. Otoño e invierno de 2009*

Jugué de titular nada más regresar de Egipto. Perdimos en casa 1-2 frente al Sporting y no hice un buen partido.

Las cosas se torcieron a partir de entonces. Lo fácil era pensar que había perdido la forma porque apenas había tenido minutos en el Mundial Sub-20. Que había ganado musculatura y peso que me restaron velocidad. Lo fácil era remitirse a cuestiones físicas y no mentales, porque las mentales son complejas y difícilmente medibles.

«Egipto no te ha venido bien. Tienes que recuperar la forma que tenías antes de ir». Esa era la frase que más veces me repitieron en aquella época, con buena intención, tratando de animarme, gente conocida y aficionados anónimos.

Nadie me dijo: «El problema es que has llegado a la cumbre muy rápido, no estás preparado y necesitas un tiempo de adaptación. El problema es que te lo has creído demasiado y las expectativas te han sobrepasado».

Las mismas noticias, crónicas, comentarios que antes alimentaban mi ego en los mismos periódicos, televisiones o foros ahora lo herían. Vaya que sí lo herían. Pocas personas que no hayan sufrido las críticas públicas pueden hacerse una idea de hasta qué punto duelen. Si no estás preparado, las críticas te arden por dentro. Y es un dolor que no te atreves a compartir, porque no solo te duele por ti, sino también por tu entorno. Sabes que quienes te quieren sufren contigo. O, mejor dicho, sufren por ti. Lo mismo que has sido motivo de su alegría, te conviertes en el de su pena.

Bajo esa presión, ocurre algo inesperado. Te das cuenta de que estás solo. Claro que tienes a los tuyos al lado, y te apoyan y te animan y hasta rezan por ti. Pero estás solo. Como en un examen. Y lo normal es que suspendas. Porque el aprendizaje de esa presión no es fácil ni rápido. No es fácil sobrellevar las críticas, ni tampoco es fácil reconvertirlas en estímulo.

El Rayo Vallecano, que estaba en Segunda, nos eliminó de la Copa en noviembre, en San Mamés. Empecé de titular y Caparrós me sustituyó en el 54,

después de que fallara una oportunidad clara. «No fue el día del de Laguardia», leí al día siguiente en un periódico.

El domingo 6 de diciembre, entré en el minuto 30 sustituyendo a un compañero lesionado y perdimos 1-2 en casa frente al Valencia. En adelante, lo normal fue que jugara, si jugaba, bien avanzada la segunda parte.

Perdía protagonismo a pasos agigantados. Lo peor de las travesías por el desierto es que no te das cuenta de cuándo empiezan, ni sabes cuándo acaban. No sabes si avanzas o retrocedes.





# 13

*Foyer de mayores, Kara, Togo. Verano de 2010*

El mototaxi me deja en los alrededores y, según avanzo por el caminito de tierra que lleva al foyer, varios niños salen corriendo a recibirme, sonrientes, alegres, ilusionados. Llevo pocos días aquí y es algo que no deja de sorprenderme. ¿De dónde sacan todo ese cariño? He comprobado que se comportan igual con cualquiera que les dedique tiempo y les preste atención. Te duplican todo el afecto que les des, lo triplican, lo elevan a la enésima potencia. Agradecidos, te dan todo lo que tienen. ¿Y qué tienen? Eso tienen: cariño.

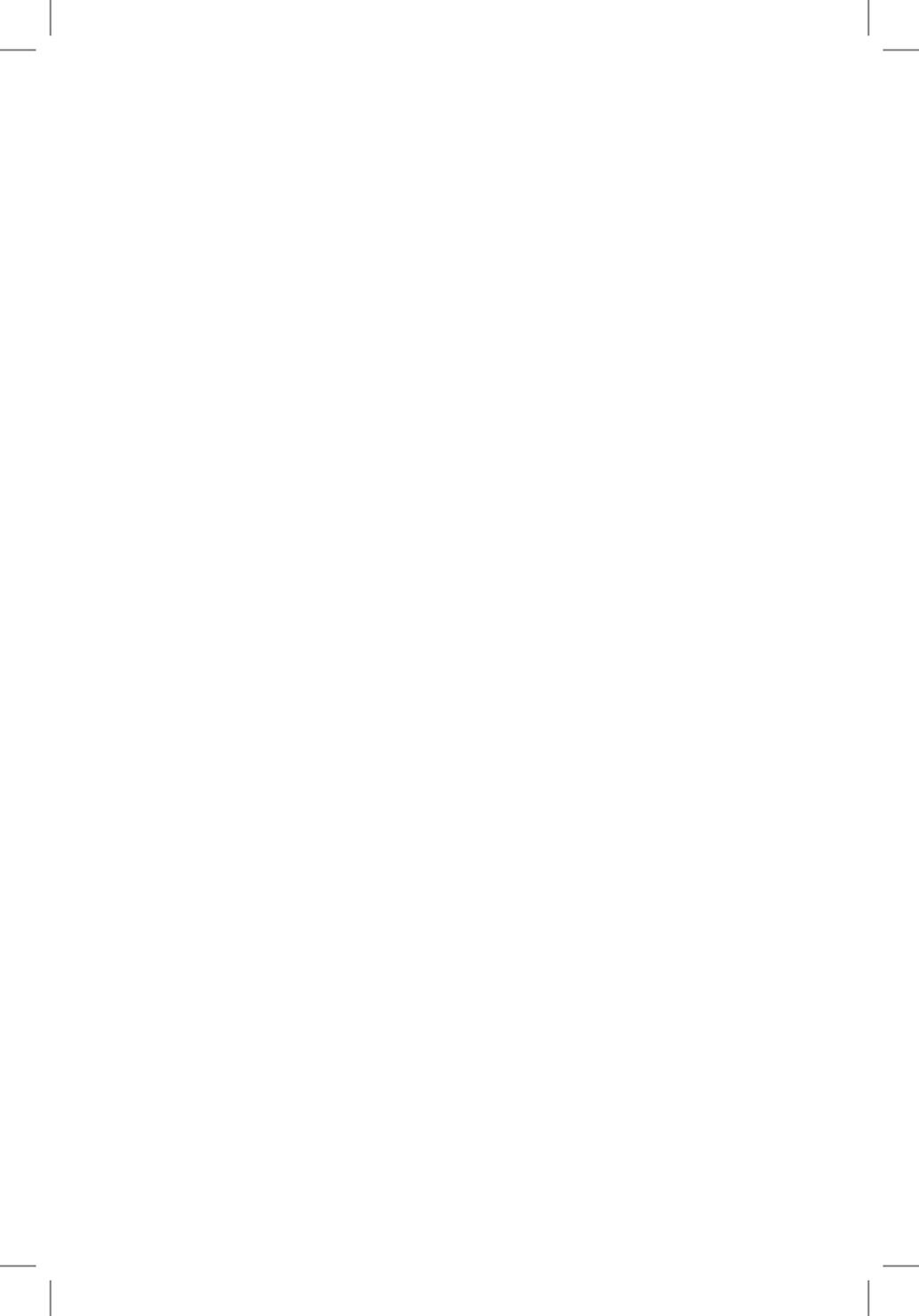
El campo de fútbol del foyer es de arena, muy blando, y yo soy el único que juego con zapatillas. El primer día intenté descalzarme, como ellos, pero la arena me abrasaba los pies y, aunque intenté disimular y aguantar, los propios niños se dieron cuenta y me hicieron calzarme otra vez.

Al inicio de cada entrenamiento, los divido en dos grupos, los coloco en sus zonas, les explico la importancia de las posiciones y ellos parecen entenderme perfectamente. En cuanto el balón se pone en movimiento, el desmadre es absoluto. Por más que me empeñe en poner un poco de orden, el balón es el que manda, como un imán. Paro, los reordeno, explico la teoría de nuevo, volvemos a empezar y, sin remedio, a los pocos segundos todos se lanzan en motrollón a por la pelota.

Detrás de una de las porterías, se extiende lo que a mí me parece una selva en miniatura. Una docena de árboles y, entre cada árbol, una espesura de matorrales. Una de las reglas del juego es la ley de la botella: el que la tira va a por ella, y a mí me asusta la manera en la que saltan la valla y se adentran descalzos en esa jungla. La primera vez que presencié la facilidad y rapidez con la que recuperaban la pelota, pregunté si no era peligroso lo que hacían, y me quedé de piedra cuando me confirmaron que entre los matorrales había serpientes. Ahora, cada vez que espero a que el muchacho que ha tirado el balón regrese sano y salvo, el resto se me acerca y me rodea, atentos a cualquiera de mis reacciones. Me miran, me sonríen y captan mi inquietud. Lo sé porque varios de ellos me repiten la palabra serpent mientras zigzaguean con la mano y reproducen el siseo de la serpiente: ssssssssssssssh.

Ahora la pelota está perdida entre la espesura, pero el problema es que la he tirado yo. He querido meterla por encima del portero y se me ha ido a las nubes. Raro en mí, con el toque tan exquisito que tengo. Pienso: «Yo ahí no entro sin un machete y pantalones largos». Pienso: «Pero icómo no voy a entrar si lo hacen todos los niños!». Tras unos segundos de indecisión, me dirijo hacia la portería con ese trote cochinerero que los futbolistas tan bien dominamos cada vez que nos cambian y nuestro equipo va ganando, pero, en cuanto me acerco, cinco voluntarios se me adelantan, saltan la valla y se disputan ser el primero en recuperar el balón.

Son ellos quienes cuidan de mí.



# 14

*Travesía del desierto. Febrero de 2010*

El 13 de febrero, más de tres meses después de mi última titularidad en Liga, volví a jugar de inicio contra el Villarreal CF un partido que perdimos a domicilio por 2-1 y que acabó con tangana. Iraola falló un penalti en el 88 que habría significado el empate, y en los minutos finales el árbitro expulsó a Javi Martínez, a Orbaiz y al propio entrenador, Caparrós.

A la salida del estadio de El Madrigal, ya superada la medianoche, quedaban unos pocos aficionados a la espera de que les firmáramos unos autógrafos. Con el mal sabor de boca que nos había dejado el resultado, lo último que nos apetecía era pararnos a echar garabatos mientras lo mismo te tocaba escuchar palabras de ánimo que quejas. Pero Gurpegui

siempre se paraba. Siempre. No le importaban ni el resultado ni su actuación personal. Si hacía falta, bajaba del autobús y atendía a los aficionados con su mejor cara.

Desde fuera me imagino que la gente pensaba que era lo menos que se debía hacer y que el de Gurpegui no era más que el comportamiento propio de un jugador del Athletic, pero yo lo que veía era fortaleza. Y lo mismo me pasaba con Iraola. La fortaleza que a mí me faltaba.

En comparación con ellos, no me sentía un jugador de Primera. Mentalmente no estaba a su altura, ni mucho menos.

Cinco días más tarde, fui de nuevo titular en los dieciseisavos de final de la Europa League frente al Anderlecht: un empate a uno en San Mamés que nos ponía cuesta arriba la eliminatoria. Desde luego, no jugué un gran partido, pero diría que tampoco desentoné demasiado. O al menos las críticas en los medios no me señalaron a mí, sino a algunos de mis compañeros.

Los jugadores solemos afirmar en público que queremos jugar todos los partidos, pero no es verdad. Yo, por ejemplo, después de enfrentarme al Anderlecht, literalmente tenía miedo de volver a jugar y hacerlo peor que la última vez. De una manera

casi enfermiza, prefería que la gente se quedara con el recuerdo de mi última participación contra los belgas, aunque no fuera más que aceptable, que arriesgarme a jugar de nuevo y hacerlo mal. Al temor a fallar se sumaba el pánico a las consecuencias de una mala actuación: las críticas, las rajadas y, junto con ellas, toda esa ola de decepción que parece que provocas alrededor, también en tu entorno más cercano.

Una semana más tarde volví a contar con minutos en el partido de vuelta contra el Anderlecht. Perdimos 4-0 y salté al campo en el minuto 53, con 3-0.

Para entonces, mi trayectoria descendente ya era algo evidente para todos. Había pasado de superrevelación a suplente; y como suplente, ni me estaba reivindicando ni funcionando como revulsivo.

La pregunta que me hacía entonces era la siguiente: «¿Cuánto más puedo seguir bajando?». Una pregunta de una persona sin confianza y a la que le queda mucho por aprender.





*Centro Don Bosco, Kara, Togo. Verano de 2010*

Disfruto mucho de las sobremesas en el comedor principal, escuchando anécdotas y aventuras de los salesianos y los cooperantes. Me gusta sobre todo cuando interviene José Luis, porque, además de contar mil historias interesantes, transmite algo parecido a la sabiduría. A veces, cuando habla, parece que queda algo flotando entre las palabras, algo importante, algún secreto que a mí se me escapa.

Soy un preguntón y creo que a José Luis le gusta que lo cosa a preguntas. Estos días está muy preocupado por una de las niñas que se ha refugiado recientemente en el foyer. Un charlatán de Kara la ha acusado de brujería, y el poder de los charlatanes,

que es como José Luis llama a una especie de chamanes locales que condenan a niños y niñas según su propio interés, es un poder tremendo y que causa un mal irreparable. Demasiados en Togo creen a los charlatanes o demasiados los temen, y lo que es peor: demasiados dan por buenos sus veredictos, por muy crueles que sean.

Me cuenta que esta niña acusada de brujería debe probar su inocencia bebiéndose un brebaje preparado por el charlatán: si no le pasa nada, es inocente; pero, si muere, es que era bruja. Y él, José Luis, no lo va a permitir. Me lo asegura con un convencimiento y un coraje que me asombran. No será la primera ni la última vez que desafía al charlatán y denuncia públicamente sus prácticas inhumanas. Cuanto mayor es la pobreza, me asegura, mayor la tendencia a creer en lo invisible, en diablos y fetiches, hasta el punto de que, bajo el influjo de las acusaciones chamánicas, los propios padres reniegan de sus hijas, abandonándolas o dejando sus vidas en manos del charlatán.

Si hay algo contra lo que se rebela José Luis es precisamente frente a esas acusaciones de brujería que destruyen cualquier porvenir. Bastante tienen estos niños y niñas de Kara con la miseria de sus condiciones de vida, como para encima robarles lo único que les pertenece: su inocencia.

—¿Quieres venir? —me pregunta José Luis con la complicidad de Patricia, que me mira invitándome a que acepte.

—Pero ¿adónde? —replico sin entender bien.

—Adonde el charlatán. Hemos pedido que nos reciba mañana. Patricia también viene.

—¿Y qué tendría que hacer? —pregunto algo confuso.

Es Patricia quien me responde:

—Mientras tú le distraes contándole alguna batallita del Athletic, yo le pongo veneno en la bebida; y adiós charlatán.

Patricia, que en mi pueblo dirían que tiene tres huevos o tres ovarios de lo valiente que es. Cómo se nota que no le tiene miedo a nada. Hasta se permite bromas con el charlatán. Con lo que a mí me acojona.





El 14 de abril cumplía veintiún años y ese mismo día jugaba mi primer partido con el Bilbao Athletic. Después de veintiséis encuentros disputados con el primer equipo en Liga, Supercopa, Copa y Europa League, me tocaba debutar con el filial. Al fin y al cabo, era el equipo del que tenía ficha y el que parecía mi destino inicial tras mi fichaje en el mes de julio. El mundo al revés. En vez de vivir un proceso de gestación y maduración en el Bilbao Athletic durante nueve meses y, como consecuencia, subir y debutar con el primer equipo, yo bajaba a estrenarme con el filial después de casi toda una temporada jugando y entrenando a las órdenes de Caparrós. Pero el caso es que el místico decidió que descendiera dos pisos a Segunda B y, junto con Muniain, tres años más joven que yo, reforzáramos a los cachorros en su

enfrentamiento contra el Zamora. Perdimos por 3-1 en el Estadio de la Plata.

Curiosamente, de aquel once titular del Bilbao Athletic, solo Herrerín —tras un largo camino que incluiría su paso por el Leganés—, Muniain y yo acabaríamos asentándonos en el primer equipo. Aunque yo aquel día no podía siquiera imaginármelo y era algo que cada vez veía más lejos y menos posible.

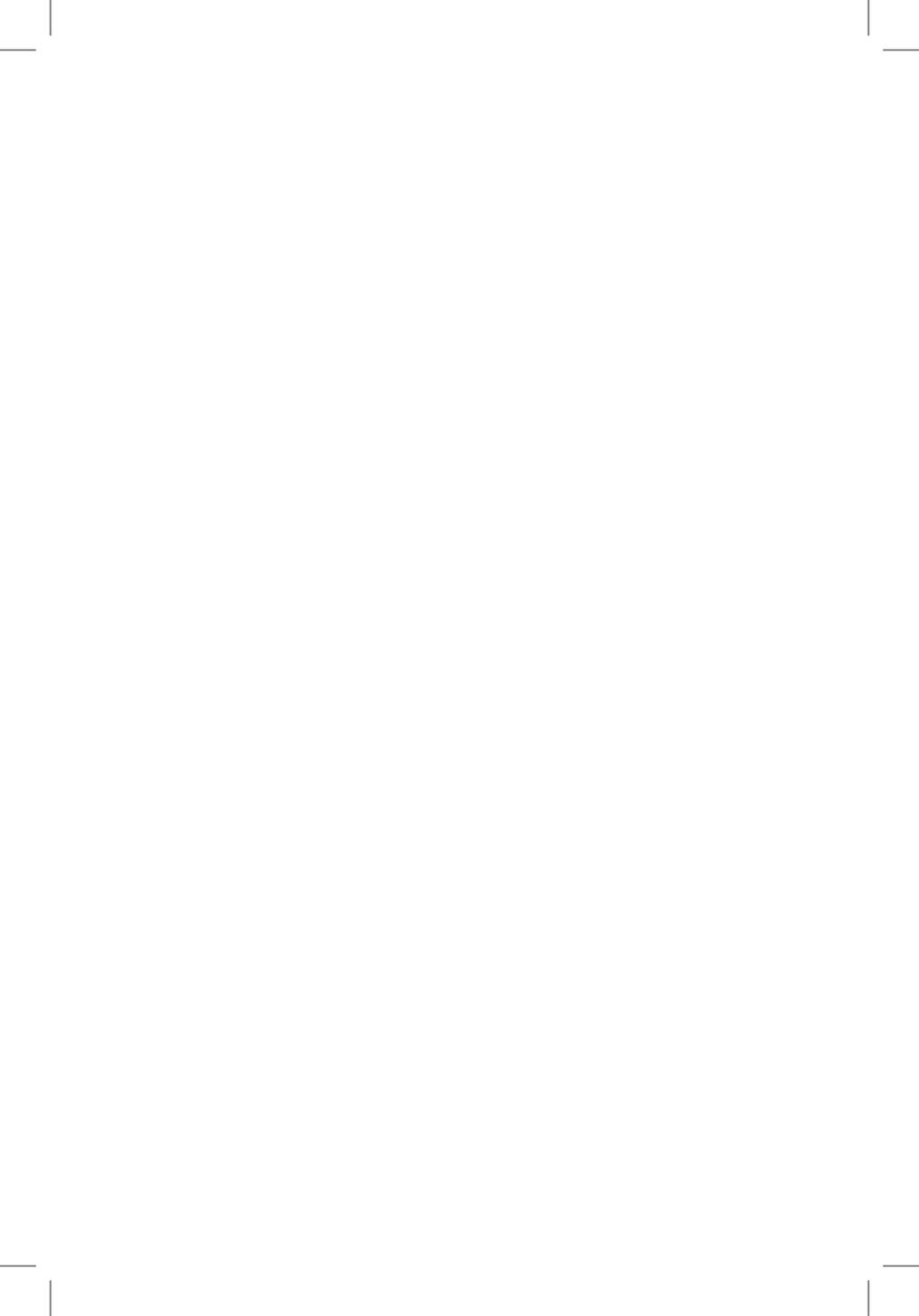
Lo que por aquel entonces se me pasaba por la cabeza era la posible trayectoria que, de hecho, en los próximos años recorrería buena parte de aquella plantilla del filial. Excluyendo a Iturraspe, Muniain, el mencionado Herrerín y yo mismo, otros once jugadores de aquel Bilbao Athletic terminaron debutando con mayor o menor recorrido, pero sin llegar a consolidar sus carreras profesionales en el primer equipo. De hecho, era lo normal: debutar, pasar dos o tres años vinculado al club como cedido o sin disfrutar de demasiados minutos, y acabar en un equipo menor de Primera, en el mejor de los casos, o en un Segunda con aspiraciones, si no en un Segunda B o en el extranjero.

No sé si hubo un momento concreto en el que toqué fondo o si más bien fue algo gradual, como el propio tránsito entre las estaciones, de invierno a primavera.

Lo que sí sé es que había días en que no me reconocía a mí mismo, y esos son precisamente los momentos cruciales. Los verdaderamente decisivos. Cuando te acuestas y te levantas cada mañana sin poder reconocerte a ti mismo. Ni siquiera importa si te van bien o mal las cosas. Es algo que va más allá del éxito o el fracaso aparentes.

De la misma manera que los futbolistas somos los primeros que sabemos si hemos estado bien o no al finalizar un partido, cada uno de nosotros sabemos si nos reconocemos o no en nuestros actos, pensamientos y emociones. Y yo entonces no me reconocía a mí mismo. Ni por orgullo ni por educación me reconocía en ese futbolista que sufría mientras entrenaba. Había días en que llegaba a preguntarme si no era un estorbo.

Porque lo fundamental es ser uno mismo. Y que luego sea lo que sea. Igual que el Athletic, que sin identidad no es casi nada.





*Ciudad de Kara, Togo. Verano de 2010*

A la mañana siguiente, José Luis, Patricia y yo mismo salimos de Don Bosco para reunirnos con el charlatán. Kara no tendrá monumentos ni museos ni atracciones para el turismo, pero cada trayecto por sus calles es para mí una aventura única, y más en compañía de José Luis.

Por la manera en que este hombre se mueve por la ciudad, me doy cuenta de que ha encontrado, entre toda esta pobreza y caos, su lugar en el mundo. Conduce despacio, atento no solo al tráfico, sino también al paisaje humano, por llamar de alguna forma al incesante hormiguero en el que se convierten las calles durante la jornada. Una feria

continúa de puestos fijos y venta ambulante. Lo que le preocupa a José Luis son sobre todo las niñas que participan de este comercio diario, piezas básicas de su engranaje. Niñas explotadas a jornada completa como limpiadoras o vendedoras de terceros, ni siquiera en negocios familiares. Niñas de entre diez y catorce años, mano de obra barata y que no da problemas. Las mismas niñas a las que acusan de brujería y conducen ante el charlatán en cuanto se ven envueltas en cualquier conflicto.

La batalla de José Luis es librar a todas esas inocentes de un destino de esclavitud laboral que, a menudo, termina en tráfico internacional de personas, con la sombra de la prostitución siempre presente. Por eso conduce atento al paisaje humano, porque es su hábitat natural, donde de verdad encuentra un sentido a su vocación religiosa.

Detenidos en un cruce, escucho la música que sale de un viejo televisor con culo de los que apenas quedan en Europa. Lo que más me llama la atención es la manera en que un grupo de togolese baila frente a la televisión. En plena calle, a la luz del día. Cómo celebran la vida, a pesar de todo. En un mismo escenario de miseria y explotación infantil, la alegría de vivir se abre paso ante mis ojos. El coche arranca y yo sigo mirando atrás como hipnotizado por el ritmo de sus movimientos. África.

Es algo que me ha quedado claro desde el primer día. El ritmo les pertenece. Lo llevan dentro y lo expresan a la menor oportunidad. Hasta en las misas de Don Bosco. «En veinticinco años no he visto a un negro dar una palmada a destiempo», me asegura José Luis.

Me sorprende la casa del charlatán. Casi un chalet, con su jardín y un árbol africano gigante y espectacular a cuya sombra hay una mesa con bancos. Nos piden que esperemos bajo la enorme copa, pero, al rato, no es el charlatán quien aparece, sino uno de sus emisarios.

José Luis no se anda por las ramas. No teme al charlatán y, por lo que deduzco, más bien es al revés. Por eso el chamán no sale de la casa. Como hablan en francés, me entero a medias, pero me queda claro que entre José Luis y Patricia le están cantando las cuarenta al emisario. Más le vale al charlatán olvidarse de la pequeña del foyer acusada de brujería si no quiere tener a los salesianos enfrente. Ni juicios ni brebajes. Que la deje en paz.

Más le vale.





*Primavera de 2010. Salesianos*

Poco a poco empecé a ver la luz al final del túnel, y lo hice de la manera más sencilla posible: entrenando cada día mejor. Haciendo de cada entrenamiento un fin en sí mismo. Disfrutando de aquello de lo que había disfrutado toda mi vida: el fútbol.

La teoría es como un mapa. Sirve de verdad cuando lo utilizas.

De la noche a la mañana, dejé de leer los periódicos, de entrar en foros, de preocuparme por el qué dirán, y llegaba a Lezama con la idea de entrenar a tope y hacerlo lo mejor posible.

Nada más y nada menos.

Día a día.

Y empecé a recoger los frutos.

—Yo con Demar, eh, a mí ponme en su equipo —  
pidió Gurpegui entre bromas a Caparrós durante  
el entrenamiento, cuando el míster se disponía a  
montar un partidillo.

Sé que fue una tontería, un detalle nada más, pero a  
mí me hizo sentirme bien. El capitán me quería en su  
equipo. Volvía a reconocermé a mí mismo. Volvía a  
sentir ese orgullo interior por haber hecho las cosas  
bien y por ser apreciado por ello.

Los miedos, los temores todavía estaban ahí,  
rondando, pero ya no marcaban mi agenda. El  
presente lo ocupaba el entrenamiento, jugara o no,  
fuera convocado o no.

Después de mi paso por el Bilbao Athletic, volví a  
disputar tres partidos más con el primer equipo,  
Zaragoza y Málaga en casa, y Real Madrid fuera. Dos  
empates y una derrota abultada. Entre titularidades  
y suplencias, no había completado los noventa  
minutos de ninguno de mis últimos dieciocho  
partidos de rojiblanco. Pero yo me encontraba cada  
día mejor. Esas eran mis sensaciones. Aunque acabé  
figurando poco en las alineaciones de Caparrós, la  
verdad es que estaba bien.

Que mi entrada en el once fuera cada vez menor  
creo que no impidió que yo creciera como futbolista,  
sobre todo en un aspecto que a veces se infravalora

y que va más allá de la profesionalidad: el sentido de pertenencia, con todo lo que ello beneficia al grupo.

Para que un equipo funcione bien es importante que todos sus integrantes se sientan parte de él: los titulares, los suplentes y los que apenas entran en las convocatorias. Porque el fútbol es ante todo eso, un deporte de equipo, un juego colectivo, y la exigencia en los entrenamientos la ponen en gran medida quienes perseveran y dan lo mejor de sí mismos en cada sesión, a pesar de vestir de calle los días de partido y no aparecer en las fotografías de las crónicas periodísticas.





*Centro Don Bosco, Kara, Togo. Verano de 2010*

Tras la comida, me echo una siesta de media hora en mi cuarto antes de ir a entrenar a los niños del foyer. Medio dormido, integro en el sueño el ruido de un traqueteo, como el de unos dedos percutiendo sobre una mesa, y después silencio, y después de nuevo el traqueteo, cada vez más cercano. Dudo, ya no sé si nace de mi sueño o de algo parecido a pasos de alguien o de algún bicho en mi habitación. Abro un ojo, pero no veo nada, así que trato de dormirme otra vez. Pero entonces el ruido es tan próximo y tan real que me incorporo de golpe y me protejo con la almohada como si fuera un escudo. A nada de mí hay un lagarto en la pared, que me da un susto de muerte. No es una salamanquesa, sino un lagarto de medio metro y con unas patas y una cabeza que dan miedo de lo grandes y feas que son.

Solo pienso en huir de mi habitación, pero el lagarto se interpone en mi camino. Trato de asustarlo con el cojín, hasta que consigo que se aparte y aprovecho para abrir la puerta y salir escopetado mientras grito algún taco.

—Pero ¿qué pasa? —me chilla José Luis mientras en la distancia me observa salir de mi caseta en calzoncillos y con una almohada en la mano. Se aproxima a paso ligero con otros dos curas.

—¡Me cago en diez! Que tengo un lagarto, ¿qué, un lagarto?, que tengo un dinosaurio en mi cuarto.

El otro par de salesianos se da la vuelta en cuanto oyen mi explicación, lo cual me da una idea de hasta qué punto he generado una alarma injustificada.

José Luis es muy amable y me ayuda a deshacerme del T-Rex. ¿Es que no le teme a nada este hombre? Trata al lagarto con el mismo respeto que yo le tengo a una hormiga. Unas palmadas aquí y allá, y lo larga de la estancia como quien abre una ventana para que salga una mosca.

—Son inofensivos —afirma—. No les tengas miedo. El peligro está aquí —añade mientras se señala la cabeza.

Creo que José Luis me está cogiendo aprecio. Sé que tanto él como el resto de curas y cooperantes

aguardaban con cierta expectación mi llegada. Me lo confesó Patricia. Cuando les contaron que un futbolista de Primera División pasaría un tiempo en Don Bosco, les pareció raro. Supongo que desconfiaron un poco. Igual se imaginaron el postureo de una celebrity mientras le rodaban un publisreportaje.

Tengo veintiún años y solo llevo una temporada en el primer equipo. No estoy más que empezando. Me queda lo más difícil. Quizá acabe en Segunda B como tantos otros que debutaron y no lograron quedarse en la élite.

¿Y qué?

Igual es la pregunta más importante que me he hecho en mucho tiempo.

¿Es que pasa algo si acabo en Segunda o en Tercera?

Ya me lo ha dicho José Luis. Dónde está el peligro.





En el propio vestuario de Lezama, colgado de una de las paredes, teníamos un corcho donde el delegado del primer equipo nos ponía los nombres y los actos del club en los que los jugadores debíamos participar durante la semana en curso. Lo mismo era una jornada de firmas, que la inauguración de una peña, que la asistencia a una entrega de premios. Aquel día leí en el corcho: «Jueves, 18.30 horas, Gurpe y Demar, charla en el colegio Salesianos de Bilbao».

Quedé con Carlos a la entrada del colegio un cuarto de hora antes del acto y nos adentramos juntos en el centro. Enseguida nos condujeron al despacho del director, donde nos dieron la bienvenida y una simpática profesora nos contó en qué iba a consistir el acto. La maestra había preparado la charla desde un punto de vista social, más que deportivo. Yo, al

menos, estaba más habituado a que me preguntaran por mi debut y por mi primer gol, o que me pidieran consejos sobre cómo entrenar para llegar un día a jugar en el Athletic. Siempre aspectos deportivos o directamente relacionados con el fútbol.

La primera cuestión me dejó turulado. Un mocete de once años desplegó un papel y leyó a trompicones una pregunta tan breve como puñetera:

—¿De qué manera os condiciona la repercusión de vuestros actos desde un punto de vista social?

Ante mi cara de póquer, la profesora cogió el micrófono, disculpó a su alumno por haberse atascado en la palabra repercusión, y reformuló la pregunta con amabilidad de la manera más aclaratoria que pudo.

—Como futbolistas profesionales que sois, ídolos, estrellas, referentes... y más en esta sociedad bizkaina, donde el Athletic es el summum —y al pronunciar esta palabra hizo un gesto con las dos manos, cruzándoselas delante de la cara de dentro hacia fuera—, lo que nos gustaría saber es hasta qué punto sois conscientes de vuestra capacidad de transformación social a través del eco de vuestros actos, y si esa capacidad os condiciona de alguna forma, tanto positiva como negativamente.

La maestra me sonrió de forma afectuosa, como si tuviera fe en mi respuesta, y se quedó mirándome convencida de que la cuestión era fácil de contestar.

Yo no sabía ni por dónde me daba el aire.

Carlos salió en mi ayuda y tomó la palabra:

—Nosotros, los que llevamos muchos años en el club, conocemos bien la responsabilidad que asumimos al representar al Athletic. Es algo que nos transmiten desde que llegamos, sobre todo los más veteranos, los entrenadores, en Lezama... Sabemos cuáles son nuestras obligaciones de cara al público e intentamos hacerlo lo mejor que podemos.

Todo esto en el tono serio y convincente de un capitán. La charla no había hecho más que comenzar y yo ya me daba cuenta de que iba a ser un día diferente.





*Ciudad de Kara, Togo, Verano de 2010*

José Luis nos ha traído en furgoneta a primera hora de la mañana y me ha dicho:

—Es aquí. Por la tarde os paso a recoger.

Y me ha dejado al cargo de quince niños, la plantilla del Don Bosco, que disputa un torneo de día frente a otros equipos de la ciudad de Kara. Como representante del centro salesiano, nada más llegar me ha tocado arbitrar uno de los encuentros. Lo he hecho sin meter la pata. Aquí el público es muy ruidoso, celebra, se lamenta, pero no protesta. Es más bien su forma de animar y de vivir el juego. A veces, incluso bailan.

Hasta que no llevaba varias horas en el campo de fútbol, no me he dado cuenta de que soy el único blanco entre los numerosos congregados, ya que se

trata de una jornada festiva y hay bastante público presenciando los partidos, familiares de los niños, la mayoría. Interpreto como una buena señal que no haya reparado hasta ahora en que no hay más blancos alrededor. Será que cada vez me siento más integrado, y será también que el comportamiento del pueblo togolés facilita esa integración.

De repente, no sé muy bien por qué, experimento una sensación de felicidad. Hemos perdido el primer partido y ahora nos toca descansar mientras presenciamos el enfrentamiento entre nuestros rivales. Pero noto a los niños contentos. Se me han juntado alrededor de manera natural. Estoy apoyado en un muro y los tengo a todos a mi lado, sentados sobre el suelo en diferentes posturas, pero junto a mí. Uno de ellos incluso se ha atrevido a subirse a la gigantona sobre mis hombros y le cojo las manos, y otros tres se han encaramado al murete para estar más cerca de mí, quizá a la espera de su turno para que los cargue a caballito.

Me gustaría sacarme una fotografía, retener este instante. Dejar este momento grabado en mi memoria. Cerrar los ojos y poder volver a él siempre en mi vida y, en especial, cuando me vayan mal las cosas.

Esa misma noche, escribo un nuevo mensaje a mi familia: «Cada día mejor. Tengo la sensación de

que este viaje a Togo me va a venir muy bien en el futuro».

Mi padre tarda en contestar y no leo su respuesta hasta la mañana siguiente: «Ahora ya sabemos a qué has viajado a Togo. Supongo que todos debemos viajar a Togo alguna vez en nuestra vida. Y entender ya qué significa Togo».

Mi padre, siempre tan profundo. En vez de esforzarme en comprender lo que me quiere decir, le lanzo un reto: «Pues si todos debemos viajar a Togo alguna vez en nuestra vida, el año que viene volvemos juntos».

Sería la leche que volviéramos juntos, pienso. Y conociendo a mi padre, capaz de acompañarme.





*Primavera de 2010. Salesianos*

Gurpegui había respondido a la primera pregunta con tanta solvencia que pensé que el resto serían para él. Cuando la siguiente alumna cogió el micrófono y empezó su intervención con las palabras «Para De Marcos», yo ya intuía que iba a necesitar un comodín otra vez.

—Nosotros en clase colaboramos con un proyecto en África para el desarrollo de pozos de agua potable. ¿Con qué tipo de proyectos os gusta colaborar a vosotros?

De nuevo Carlos tuvo que responder por mí. En cuanto se dio cuenta de que me había quedado en blanco, puso en práctica una de sus mayores especialidades: las coberturas. Y esta vez, sin segadas.

Contó que no hacía falta irse lejos para poder ayudar, pero que él, por ejemplo, también había estado en Perú, donde había participado, junto con la Fundación Athletic CLUB, en la creación de un equipo de fútbol femenino.

—¿Volverás a Perú? —le preguntó el siguiente mocete de manera improvisada, saltándose el guion.

—Volveré seguro, porque para mí ha sido una experiencia inolvidable.

Durante un buen rato, los alumnos siguieron preguntado por el viaje de Carlos a Villa El Salvador, una municipalidad limeña, según contó, muy afectada por la marginalidad, y donde jóvenes menores de catorce años estaban expuestos a situaciones de riesgo en la vida diaria. Su pertenencia a pandillas callejeras los alejaba del colegio y los acercaba a la droga, a su consumo o a su trápicheo, lo que incluía actos de delincuencia.

Ver a todos esos niños y niñas escuchar con los ojos como platos a Gurpegui, con una admiración tan sincera y tan inmensa, me dejó impresionado. Me generó un estado de shock que me hizo replantearme lo que me estaba sucediendo en los últimos meses y cuestionarme mi propia actitud. Sobre todo, la idea de que mi sufrimiento no tenía sentido y que debía hacer algo para combatirlo. La certeza de que cada

cual tiene sus circunstancias y el dolor es subjetivo, sí, pero la certeza aún mayor de que debía desterrar el miedo de mi vida. Cualquier pensamiento inducido por el miedo debía combatirlo y anularlo cuanto antes. A la voz de ya. De ya. Ya.

Tras la charla con los escolares, me despedí de Gurpegui y me dirigí hacia el despacho del director. En ese instante ni tenía dudas ni quería tenerlas. Era una idea que me había rondado alguna vez y había llegado el momento de hacerla realidad. Lo más parecido a estar en una estación y que pase un tren en el que sabes que quieres subir.

Avancé por el pasillo del colegio Salesianos, subí las escaleras, me planté delante del despacho, cogí aire, lo expulsé, abrí la puerta y, sin saludar siquiera, dije:

—Quiero ir a África.



## EPÍLOGO

*Me convencieron para escribir este libro porque confío mucho en las personas que me lo propusieron y, también, porque estoy agradecido a la propia Fundación por todo lo que me ha aportado desde que llegué al Athletic. Son dos buenos motivos: confianza y gratitud.*

*Por otro lado, reconozco que me ha resultado difícil contar episodios de mi vida personal. Todos tenemos experiencias vitales, cada cual las suyas, y a mí me cuesta hablar públicamente de las mías, ya que muchas veces se sobredimensionan. Así que me encantaría que esta historia se leyera como lo que es, una experiencia personal, nada más.*

*En cualquier caso, si en una balanza pongo a un lado mis reparos y dudas, y al otro, la confianza y la gratitud, pesan más estas últimas.*

*Y una cosa tenía clara: el mejor sitio para contar Togo era a través de la Fundación Athletic Club.*



